



LA BALADA DE LA MONTAÑA

Por URDABURU

El sol se pone rojo, tiñendo unas nubes deslabazadas luego, poco a poco, va escondiéndose en el horizonte. Sólo una estela encarnada, adornada por la blanca y rectilínea franja de un reactor, es el único indicio del sol que se despide de este día.

Camino tranquilo, sin prisas, viviendo intensamente el sabor de la soledad, esa peculiar soledad, a la vez que me acompañan todos los animales vivientes de Aralar.

El primero en aparecer es el cuclillo, cuando subo la pendiente, y la oveja hace sentir su presencia con sus balidos. Sigo mi alegre deambular, y el caballo, que cuando se percata de mí echa a correr haciendo sonar su colgante cencerro. El último es un tordo, un tordo que revolotea a mi alrededor y no deja de hacerme compañía hasta que me instalo en mi «vivac»; quizás él también busca un lugar donde pasar la noche lo más cómodo y calentito posible. Si quisiera, le haría un sitio en mi saco de dormir e incluso le daría de cenar, pero creo que, al igual que yo, prefiere andar a su aire y buscarse el sustento por su cuenta. El también es libre. El «cucu», la oveja, el caballo, el tordo, todos cantan o emiten un algo, que componen una

amalgama celestial de ruidos; a mí también me dan ganas de cantar, de vocear o de gritar, pues también me siento uno más de esa naturaleza, pero luego me hubiera abofeteado por interrumpir aquella sonata.

Allá a lo lejos una luz, sin duda de algún caserío; nuestro «cashero» cena, y luego, antes de acostarse, saldrá a contemplar esta maravillosa noche; el pastor vela por sus ovejas en el quicio de su «txabola»; y más lejos... luces, muchas luces, no sé de qué pueblo ni me importa; allí... algarabía y... gente, gente, y... más gente; aquí, soledad y... ¡«cucu-cu-cu»!..., ¡beeeee...!; ¡hiiiiiii...!; ¡chuic... chuic...!; ¡clonc, clonc...!; paz y tranquilidad, fuera de ese mundo, en el que nos movemos por modismos y sistemas.

Mi atalaya no puede ser mejor, un «balcón» en la base de la arista del Txindoki. Interrumpo mis visiones, que bailan en el papel, para prepararme la cena.

En mi «vivac» me siento como en un gran trono entre dos guardianes; delante, el Auza-Gaztelu silueta un cielo que se presagiaba dudoso para el día entrante; detrás, el Txindoki, «rey de reyes» del macizo de Aralar que, con su noble figura y esbeltez, guarda mis espaldas... ¡Cómo me podía sentir solo!... No, no y no. El tiempo empeoraba; aquellas montañas amigas no podían hacerme aquella faena. Por un momento las creí capaces, pero de madrugada, desde dentro de mi saco, vi que lo que venía no era malo, sino bueno y prometedor. La montaña, una vez más, se aliaba conmigo.

Ceno y sigo escribiendo con ayuda de mi frontal... De repente, un gran silencio, la sonata de ruidos ha cesado, me siento triste. El tordo parece haber encontrado algún lugar donde pasar la noche, y tampoco canta. Solamente el tintineo lejano de algún cencerro rompe el silencio de la noche las estrellas, que como puntitos insignificantes iluminan el firmamento, me dan las buenas noches; la naturaleza duerme, y yo también.

Amanece un gran día, voy a escalar la arista del Txindoki. Otras veces ya lo he hecho. En esta ocasión me acompaña un viento suave y hace frío, mucho frío. ¡Y qué! Otras veces ha ocurrido lo mismo o algo parecido. Diedro, otro diedro, placa, trepo, subo...; clavija, paso cuerda, recupero...; último diedro y arriba. Prosigo andando hasta la cumbre; en la antecima una cruz, alguien ha pagado el tributo más caro a la montaña ¿Por qué?... ¿Por qué?... Sólo la montaña lo sabe.

Llego a la cumbre; mañana dulce y tranquila. Llego en silencio, no quiero violar la paz de la montaña, estoy en su reino y debo respetarla. Me tumbo un rato al sol, ese sol que hoy luce en lo alto, como dueño y señor de este día.

Perezosamente empiezo a bajar. No sé cuántas veces vuelvo la mirada hacia atrás. Ha llegado la triste hora de la despedida, de decir adiós a la montaña, a los animales, al sol y a las estrellas; pero esperadme aquí todos juntos, porque otro día he de volver.

